

La transformación del hombre por el evangelio

Mín. Rosendo Ruíz Juárez



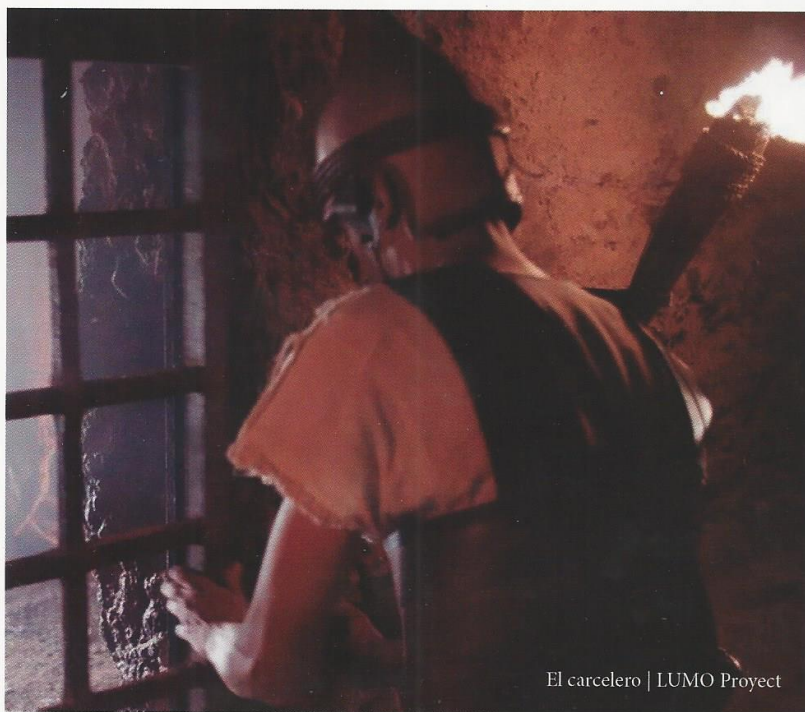
En la vida del hombre, sus pensamientos, sus emociones, los valores en su formación y en su comportamiento, son una lucha constante que tiene que enfrentar ante una sociedad pecaminosa que lo incita y lo provoca a tomar caminos equivocados. En la mayoría de los casos, aunque muchos se esfuerzan por no desviarse, la recomendación de Dios para todos es andar en el camino correcto: *“Andad en todo camino que Jehová vuestro Dios os ha mandado, para que viváis, y os vaya bien, y tengáis largos días en la tierra que habéis de poseer”* (Deuteronomio

5:33).

Dios, conociendo que la sociedad no se rige por su voluntad, nos brinda un conocimiento por medio del evangelio, el cual puede alumbrar las tinieblas de nuestro entendimiento humano. De éste evangelio recibimos la exhortación y la guía para no llevar nuestra vida de la misma forma en la cual llevan su vida aquellos que no conocen la voluntad de Dios, aquellos con los que a diario convivimos. Dios en su inmenso amor, ha revelado por medio de su hijo Jesucristo el proceder que todo

hombre ha de tener para que ya no viva en la ignorancia; de éste pensamiento se desprende uno de los propósitos de Dios para los seres humanos: *“Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es mi, remisión de pecados y suerte entre los santificados”* (Hechos 26:18).

Todo el que ha creído en el evangelio, da un paso que transformará su ser por el tiempo que le resta, pues nuestro Señor Jesús cataloga éste proceso, como el paso de la muerte a la vida, razón por la



cual primeramente Juan el bautista, en el pueblo de Israel, y después el apóstol Pablo entre los gentiles, acotaban con insistencia la importancia de la dignidad de las obras: *“Antes anuncié primeramente á los que están en Damasco, y Jerusalem, y por toda la tierra de Judea, y a los Gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen á Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento”* (Hechos 26:20).

En su Evangelio, Lucas nos habla de un varón llamado Zaqueo, del cual refiere lo siguiente: *“Y procuraba ver á Jesús quién fuese; mas no podía á causa de la multitud, porque era pequeño de estatura. Y corriendo delante, subióse á un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí”* (19:3-4). A pesar de ser un hombre rico no le interesó lo que dirían de él, lo que quería era ver y oír al Maestro, y cuando escuchó el evangelio dijo: *“... He aquí Señor, la mitad de mis bienes doy á los pobres; y si en algo he defraudado á alguno, lo vuelvo con el cuarto tanto”* (v.8).

Retomando la idea de aquél que escucha y recibe el Evangelio, éste empieza a sentir un cambio en su vida. La palabra de Dios nos enseña cómo los hombres son transformados por el conocimiento del evangelio, y el espíritu de Dios los guía para realizar ese cambio de vida. La recomendación del apóstol Pablo referente a esto versa de la siguiente manera: *“Más ahora, dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, maledicencia, torpes palabras de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos. Y revestídoos del nuevo, el cual por el conocimiento es renovado conforme a la imagen del que lo crió”* (Colosenses 3:8-10).

El evangelio no es únicamente palabra, es la misma potencia del espíritu santo que lleva a la plenitud del convencimiento, el cual nos mueve a transformar nuestro ser y manera de proceder; pues fue Jesús quien nos abrió un camino nuevo, en el que, por

cierto, nos podemos consagrar a través del escrutinio y discernimiento de su Palabra.

Ese cambio del cual hemos abundado es como aquél que manifestó el carcelero de Filipos: *“Y sacándolos fuera, les dice: Señores ¿Qué es menester que yo haga para ser salvo? y ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú, y tu casa”* (Hechos 16:30-31).

Esa transformación que logra el Evangelio de Dios lleva a los convertidos a ser mejores hijos de Dios, ya que tienen el conocimiento preciso... *“Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; para que, arraigados y fundados en amor, podáis bien comprender con todos los santos cual sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”* (Efesios 3:17-19).

El apóstol Pablo hace una recomendación a los hermanos que estaban en Éfeso, y que aún hasta nuestros días sigue vigente: *“A que dejéis, cuanto á la pasada manera de vivir; el viejo hombre que está viciado conforme a los deseos de error; y renovaos en el espíritu de vuestra mente”* (Efesios 4:22-23); es decir, cambiar la manera de pensar y actuar, dejar todo lo pasado e iniciar una vida nueva en el Señor, en justicia, santidad y verdad siendo ésto la renovación por el evangelio, porque el que se transforma de ésta manera, para Dios lo hace; de tal manera que se construye en una transformación efectiva: *“Y esto eráis algunos, mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el espíritu de nuestro Dios”* (1ª Corintios 6:11).

De la misma manera en qué le pasó al apóstol Pablo, a veces pensamos que como estamos haciendo las cosas

bien, de hecho, él creía que estaba haciendo la obra de Dios, hasta que el mismo Señor se le presentó dándole un cambio diametralmente opuesto a lo que él pensaba: *"Yo entonces respondí: ¿Quién eres, Señor? y me dijo: Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tu persigues... Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me dijo: Levántate, y ve a Damasco, y allí te será dicho todo lo que te está señalado hacer"* (Hechos 22:8,10). Es así como comienza la más ardua tarea de evangelismo, la predicación del evangelio que se ha extendido por todo el mundo a través de todos los medios de comunicación.

La palabra de Dios en Hebreos 1:1 refiere lo siguiente: *"Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo..."*. Él enseñó a los patriarcas, envió a sus profetas, y después, por el grande amor que sintió por su creación, envió, nada más y nada menos que a su Hijo. Roguemos a Dios que nos ayude a transformar ese corazón de piedra que poseemos, en un corazón de carne; y no nos conformemos a seguir siendo como somos. Que tengamos los medios necesarios para que no seamos más como el mundo y el enemigo quiere que seamos: *"Y no os conforméis a este siglo; mas reformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta"* (Romanos 12:2).

De Dios viene la fortaleza que también promete nuestro Señor Jesucristo a todos los que confían en él, el cual nos sostiene para ser firmes, logrando por su mediación, la capacidad de mantenernos sin fluctuar en esa transformación, de la cual ya hemos hecho nuestra vocación al haber elegido hacer caso de su llamado. Es nuestro Salvador quien nos lleva a buen término hacia Dios por medio del Evangelio.

La mencionada transformación en nuestra vida se verá reflejada hacia el exterior de nosotros, siendo más comprensibles, amorosos, mejores esposos, mejores esposas, buenos padres para nuestros hijos, teniendo en nuestros labios y en el pensamiento una sabia respuesta para los que nos rodean, que nuestra respuesta y nuestra forma de ser manifiesten la transformación por el evangelio, y se refleje además en la obediencia a los mandamientos y estatutos de Dios.

Es necesario estar llenos de fe y no desmayar para no volver al camino antiguo: *"Mas deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el cabo, para cumplimiento de la esperanza"* (Hebreos 6:11), esperanza que se verá hecha realidad en todo aquél que no desmayó en su andar por el camino del bien.

El que ha sido transformado, no descuida, ni su manera de actuar, ni el testimonio de la palabra de Dios que le trajo el Evangelio de salvación pues de ello ha hecho su forma de vida... *"Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello; pues haciendo esto, a ti mismo salvarás y a los que te oyeren"* (1ª Timoteo 4:16).

Mantenerse de la mano de Dios en la renovación espiritual diaria, nos revela el bien que nos trajo nuestro Señor Jesucristo con su predicación y ejemplo de obediencia total a nuestro Padre, aunque muchos hayan sido nuestros males, no se avergüenza de llamarnos hermanos; que ésta sea, pues, la motivación para alcanzar nuestra meta, trabajando arduamente para llevar la luz a los que aún andan en tinieblas. La exhortación también es mantenernos sin vacilar en la novedad de vida que nos ha permitido alcanzar el conocimiento de la Palabra de Dios que Jesucristo, nuestro Salvador, nos

trajo: *"Obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salud de vuestras almas. Más la palabra del Señor permanece perpetuamente. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada"* (1ª de Pedro 1:9, 25). Resta, pues, albergar el pleno convencimiento de que la transformación que el Evangelio ha provocado nos lleva a todo género de bienaventuranzas, y por fin, a la vida eterna... ¡Mantengámonos fieles y firmes hasta el final!